

EN LAS AULAS DE LA FACULTAD

HOMENAJE DE LOS PROFESORES

En la Clínica Médica (Sala Vilardebó), por el Profesor
Doctor Juan B. Morelli

Señores:

Cuarenta años ha iniciábamos nuestros estudios clínicos en esta misma sala y bajo la paternal dirección del querido Maestro, cuyo nombre quedará unido a la sala anexa, ¹ un grupo de jóvenes estudiantes, algunos de los cuales deberían quedar incorporados como enseñantes a nuestra Facultad de Medicina, Manuel Quintela, Alfonso Lamas, Juan Guglielmetti, que enseñó durante algunos años toxicología farmacéutica, Américo Ricaldoni y yo. Nereo Iturriaga, hermosa figura romántica, hermano de estudios de Ricaldoni y que fue un disector incomparable, debía morir inesperadamente casi en los brazos de Ricaldoni y míos, en la víspera de terminar sus estudios, candidato designado de antemano, por voto unánime de maestros y discípulos, para ocupar la cátedra de Anatomía.

Ricaldoni llegó a la Facultad precedido por una fama tan amplia como merecida, sus exámenes en el bachillerato fueron otros tantos triunfos, y en el último, el de filosofía, el tribunal se vio obligado a discernirle una clasificación que no había sido decretada aún.

Su luminosa carrera de estudiante, sus triunfos como profesional, su prestigio y su brillantez como profesor han sido tan abundantemente realzados en estos días, que no creo necesario tener que volver a repetir lo que otros, con más elocuencia, han dicho en todos los medios intelectuales del país: en la Universidad como en las sociedades científicas, en la prensa como en el Parlamento.

Pero, sin embargo, no me parece inútil volver a insistir sobre algunas características de este selecto espíritu, características que constituyen otras tantas virtudes dignas de ser meditadas y, sobre todo, imitadas.

Ante todo, su enorme laboriosidad, que unida a su claro talento le permitió dominar la Medicina con aquella seguridad tan característica

¹ Doctor Serratosa.

en él. Sin metáforas, se puede decir que pasó su vida entre los enfermos y los libros: todos los días y en todas las horas del día y la noche que podía disputar al descanso más imperioso. Hasta en esas idas a su chacra, en los días festivos que a muchos se les representaba una tarde de asueto, eran para él horas de libertad para, sin temor a interrupciones ni llamadas, poder satisfacer durante algún tiempo más ese siempre insaciado deseo de aprender, que lo acicateó durante toda la vida.

Pero, ese alto espíritu de trabajo no hubiera dado todos sus frutos si no hubiera estado acompañado y dirigido por un método riguroso y meticoloso que, comprimiendo a veces entusiasmos prematuros, sosteniendo otras la línea derecha, e impidiendo tanto las desviaciones como los desfallecimientos, sistematizara con un rigor que no conocía suspensiones, toda la enorme labor de su espíritu.

Espíritu analítico y sintético a un tiempo, sabía escudriñar a los enfermos como pocos. Por su paciente y metódica investigación iban surgiendo los síntomas claramente, sin confusión posible. Ante su examen, los síntomas se revestían de una claridad tan esquemática, tan luminosa, que, por ello fue (dicho sea de paso), un Maestro insuperable de semiología.

Pero, una vez conseguido todo ese sólido material capaz de resistir a cualquier empuje, comenzaba el trabajo constructivo; y es aquí que se revelaba su talento de síntesis, de clínico consumado. Infundiendo la intensa vida de su espíritu a los diferentes elementos sintomáticos y anamnésticos que acababa de penetrar tan íntimamente, con su trabajo de concienzuda disección, animaba a todos esos materiales que parecían, bajo el influjo de sus juicios condensados y terminantes, disponerse por ellos mismos en armónico conjunto que no tardaba en verse coronado, naturalmente, casi forzosamente diría, por el diagnóstico exacto.

Va a ser difícil encontrar un maestro que sepa descubrir y estudiar un síntoma como Ricaldoni, y que sea luego capaz de una amplia mirada sobre el conjunto del cuadro como él sabía hacerlo.

Todo, en todos los momentos, lo hacía concienzudamente. Recuerdo emocionado la impresión que me produjo, siendo estudiantes ambos, el penetrar en su cuarto de trabajo. El orden más perfecto reinaba en él. No muy numerosos eran los libros que había podido adquirir, pero numerosas llamadas y nutridas notas al margen, demostraban claramente el profundo trabajo desplegado al leer cada párrafo del texto. Cuadernos llenados con su clara y apretada escritura atesoraban las lecturas que en las Bibliotecas o en volúmenes prestados iba amontonando como materiales preciosos para el

mañana. Todo respiraba labor y método, en todo se reflejaba el alma lúcida y precozmente severa de ese adolescente.

La misma dedicación debía desplegar en el estudio de los enfermos. Ya sea en su vida de estudiante, como después en su vida de médico, el examen de un enfermo fue siempre para él un asunto de conciencia. Nunca admitió que pudiera examinarse superficialmente a un paciente o dejar para el día siguiente la discriminación de un síntoma. Inclinado, prendido diría, sobre el enfermo, descuidando el tiempo, otros llamados, el cansancio propio, no cesaba en su labor, no respiraba en libertad, hasta no haber agotado en el límite de lo posible, el estudio del caso, hasta no haber *“prensado su cerebro”* según una frase que le era familiar para llegar al diagnóstico, no encontraba paz ese espíritu que era agitado en ese momento por todas las inquietudes del que quiera alcanzar, cumpliendo todo entero su deber, la consoladora tranquilidad de la conciencia.

No era tan sólo por un estéril, aunque respetabilísimo sentimiento del deber, que se desvivía; algo más humano y más grande era el móvil que lo animaba. Poco antes de morir le decía a su compañera: *“Lo que más siento es no poder seguir prestando obra útil, salvando a algún enfermo, aliviando a algún moribundo, porque tengo la conciencia de haber salvado alguna vida y de haber sido útil a algún enfermo”*.

Enamorado de la medicina, esclavo de su deber, descuidó por un esfuerzo de la voluntad, otros estudios que sin embargo le atraían. Todo el tiempo le era insuficiente para poder dominar la difícil y absorbente ciencia de la medicina y el maravilloso arte de curar.

En su enseñanza, en sus diagnósticos y en su palabra, nada había que fuese improvisado. Nada salía de sus labios que no fuese el fruto de una larga meditación; algunas pocas palabras dichas escultóricamente, era generalmente el fruto de un intenso trabajo lógico al cual se había entregado con todas sus energías y con todo el tesoro de su sólida erudición. Nada de lo que decía era superfluo, y una vez emitida una opinión, ésta era tenazmente sostenida con una invariabilidad inquebrantable, hija de un sólido conocimiento.

La misma perfección, la misma conciencia, desplegaba en todas sus actividades. Todos recuerdan la dedicación con que atendió el Decanato en los años en que desempeñara ese alto cargo. Sacrificando a menudo no sus enfermos, pero sí la extensión de su clientela, sacrificando sus distracciones, su descanso, fue verdaderamente infatigable en la dirección de la Facultad de Medicina. Uno de los primeros en llegar y uno de los últimos en abandonar las oficinas, se había entregado en cuerpo y alma al engranaje reglamentario, estudiando todas las cuestiones, ninguna de

las cuales lo dejaban indiferente, vigilando todos los complicados rodajes de la Facultad, dejando en todas partes, y en todos los momentos, las huellas de su enorme y metódica laboriosidad.

A este respecto cómo no puntualizar su acción en los *ANALES DE LA FACULTAD DE MEDICINA*, por él fundados y que amó con toda intensidad y que vigorizó con todos los cuidados de un padre para con el hijo querido, fruto de su sangre, al que sabe destinado a cumplir una misión grande, una misión esperada.

Director en jefe, vigilaba todos los resortes del novel órgano. Composición, tirada, grabados, todo pasaba por sus manos y muchas alboradas del día lo sorprendieron inclinado sobre un papel, corrigiendo las pruebas de imprenta, traduciendo un artículo escrito en lengua extranjera o sosteniendo la enorme y variada correspondencia que apareja la vida de un periódico.

Como médico conquistó una situación única en el país. El profesor Scremini dijo ya, con palabras de admiración, su intervención generalmente decisiva, cómo su palabra era luminosa y convincente para aquellos que lo escuchaban. Pero además de su ciencia sabía desplegar en la asistencia de sus enfermos un tesoro de cariño, de atenciones, de delicadezas, unido a un tacto invariable de todos los momentos que bien pronto lo hacían considerar, por parte de la familia, como un elemento decisivo y precioso, no sólo en la lucha contra la enfermedad, sino también en la tan valiosa asistencia sentimental del enfermo.

En sin número de hogares reina hoy la desolación ante la pérdida del profesional incomparable, hacia el cual se tendían las miradas y la esperanza en los momentos de angustia y de dolor.

Era profundamente discreto y prudente. Una contradicción surgida de su espíritu como un pronóstico desfavorable, eran presentados con un tacto tan perfecto como para herir lo menos posible los sentimientos de los interesados. Se podía descubrir en él una verdadera pena, tanto más impresionante cuanto más trataba de ocultarla, en no poder ser más condescendiente o sentirse más optimista. Pero, todas estas cualidades tan preciosas no hubieran bastado para conseguir resultado tan perfecto si no hubieran estado unidas y puede decirse disciplinadas por el culto apasionado e inflaqueable del deber.

En edad bien temprana debía conocer el joven Ricaldoni la voz del deber y a este deber debía sacrificar las horas de distracción; las horas de descanso también. Hijo de un eminente educacionista, que demostró tener más ciencia y corazón que espíritu comercial, se vio obligado, ante el requerimiento paterno, a formar, adolescente, entre los maestros de ese Instituto Nacional al que tanto debió la cultura

del país. Enseñante del Instituto y estudiante universitario a un tiempo vio transcurrir los años de su juventud sin distracciones, sin vacaciones. Se puede decir que Ricaldoni no conoció la juventud. Fue precozmente un hombre con todas las condiciones, con todas las virtudes, pero también con todos los dolores de los hombres. Pero en medio de su tristeza conservaba intacto un espíritu enamorado de todo lo bueno y de todo lo bello y una sed inextinguible de saber.

Amó tanto su carrera, sintió tanto la dignidad de su profesión que no toleraba irregularidades de parte de ningún compañero, y las pocas veces que se le oyó condenar a un colega era porque olvidara los principios de moral que deben seguir los iniciados de la Medicina.

Todas las contrariedades, todas las injusticias las soportaba con altura, su alma estaba exenta de odios, a lo más la sorpresa dolorida, o hasta la conmiseración, despertaban en él los ataques y las envidias.

Ante el dolor y ante la visión de la muerte mostró un estoicismo digno de un alma excepcional. Sabiéndose inexorablemente condenado, no participó esa triste noticia más que a la compañera que la Providencia le deparó, prohibiéndole que lo comunicase a nadie. Seguramente temía que solicitudes porfiadas vinieran a turbar el decidido plan de seguir su trabajo serena y afanosamente hasta sus últimos momentos. Y durante esos veinte años, con su tranquila sonrisa en los labios, engañándonos a todos, con la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, vivió sereno y resignado una vida de intensa labor. Se puede decir que esa larga familiaridad con la idea de la muerte ha contribuido, y no poco, a imprimir a su fisonomía, como a su espíritu, ese sello de seria austeridad que le fue característico en sus últimos años.

Amaba con profundo cariño la pléyade estudiantil. En medio de sus alumnos se sentía como en una segunda familia; y su amor a la enseñanza era, en gran parte, fundada en el sentimiento de bien espiritual que repartía frecuente y generosamente a sus discípulos. Todo le interesaba de lo que concernía a los estudiantes, con afecto de padre vigilaba y dirigía todo el rodaje didáctico del Instituto.

Era con verdadera ternura que tomaba en cuenta la vida y las aspiraciones de los estudiantes.- *“Desearía, me decía un día, que estos pobres no tuvieran que pasar por los dolores y las dificultades que a mí me tocaron”*. Si para alguno puede haberse excedido en este terreno nadie puede atribuir, a un deseo de popularidad mal adquirida, lo que fue siempre en él manifestación ingenua de sentimientos purísimos.

Bajo una apariencia fría y medida se ocultaba un alma sensible y pronta a vibrar al unísono con todas las armonías espirituales. Es

necesario haber podido penetrar en la intimidad de ese corazón para ver cómo se entusiasmaba ante todas las fases sentimentales de la vida humana; desde sus primeros escritos juveniles trascienden esos entusiasmos y vibraciones que alcanzan a veces a presentar contornos de hermoso lirismo. Nunca permaneció indiferente ante los grandes sucesos trascendentales que agitaban la humanidad. Era cosa que sorprendía a aquellos que no conocían más que la superficie de su alma descubrir un tesoro de sentimientos que él ocultaba celosamente por temor a las profanaciones de la burla o de la incompreensión extraña.

Fue un apasionado del arte y sus tentativas de asociarlo a la ciencia, en la vida de nuestra Facultad de Medicina, en múltiples cuestiones son bien recientes para deberlas puntualizar; y su fracaso no sirvió más que para demostrar la impreparación de nuestro medio para sostener esa doble tentativa de asociar al arte, adorno del alma, a la ciencia, fortaleza del espíritu.

Este conjunto de cualidades armoniosamente asociadas constituía una personalidad espiritual bien cercana a la perfección. *“El impecable Ricaldoni”*, lo proclamó otro maestro eximio, también demasiado pronto desaparecido. Y a fe, que impecable lo fue en el sentido de la perfección, en su vida intelectual, como en la altura de su vida moral.

En sus relaciones con sus clientes fue un intachable caballero, en sus relaciones con sus colegas un irreprochable compañero y en la vida de la cátedra un maestro perfecto en toda la extensión de la palabra.

En todos los momentos y en todas sus acciones se podía descubrir la orientación hacia un ideal, y todos esos ideales que tanto amó, que abrazó con invariable fe y que practicó con inquebrantable firmeza se habían hecho carne en él. De tal manera que a los ideales que él recibiera agregó con su vida un nuevo elemento ideal que vosotros estudiantes, debéis recoger con respeto y decisión, y que nosotros debemos tener siempre como luminoso ejemplo a seguir.

Estudiantes de la Clínica: Este fue el hombre y el profesor cuya muerte lloramos todos, prototipo de noble pasión por el trabajo y de culto inflexible por el deber. Esta es la vida que la Universidad, vuestra gran madre espiritual, os señala como vuestro modelo para vuestra labor científica y para vuestra vida moral.

Miembros del Instituto de Neurología que me habéis hecho el honor de venir a escucharme: la pérdida ha sido particularmente cruel para vosotros, mucho contábais aprender bajo una dirección tan elevada y

segura. Al contacto diario con el maestro y con el hombre, vuestra estimación, vuestro afecto se debe haber trocado en noble pasión. El vacío es grande e imposible de ser llenado en todos sus aspectos. Llevaréis el luto de vuestro maestro por mucho tiempo y nunca se podrá borrar completamente ese vacío que al frente de vuestra falange y en vuestros corazones ha dejado esa eterna separación.

Pero yo leo en vuestros rostros, pero yo adivino en vuestras almas una grande e inquebrantable resolución: la de seguir trabajando afanosamente, porfiadamente, tragando vuestras lágrimas, para hacer obra digna de aquel que al abandonaros para misteriosas regiones cayó en plena batalla, ofreciendo sus últimos movimientos, sus últimos alientos y su postrer pensamiento a ese Instituto que fue la pasión de sus últimos años y que llevará celosa y dignamente el nombre venerado y glorioso de Américo Ricaldoni.